



### DECIR ADIÓS

Mi ser maestra tiene un reloj que no se rige por el calendario gregoriano. Los ciclos se miden por cursos escolares. Cada uno es una etapa que se abre. Y un tiempo que, llegado finales de junio, hay que cerrar.

Decir adiós, es un movimiento de apertura y también de cierre interno. Cerrar el curso es, de alguna manera, **colocarlo**. Darle su lugar dentro de nuestra historia. Es cerrar las gomas de la carpeta que creamos, con mimo, allá por septiembre, para comenzar la aventura de este 2020/21 que se antojaba difícil. Guardar la agenda que, otrora, estaba por estrenar hace unos meses.

Si tuviera que buscarle un nombre, lo llamaría el curso de la resiliencia. Nos han acechado serias tormentas con viento racheado, con un timón imprevisible que confinaba a la tripulación sin avisar, sigilosamente.

Des-pedir, dejar de pedir, dejar ir.

La horquilla de septiembre a junio, mi brújula temporal de maestra, ha venido con una intensidad que no había conocido. Tiempo de acompañar a las criaturas, que, desde sus historias de vida, han tenido que añadir al balance de números, una partida inesperada de miedo, distancia y falta de abrazos que ha dejado las cuentas en números rojos.

Sin duda, este es uno de los cursos que no se olvidan. Uno de los archivos que a mi cerebro no le costará evocar cuando, llegado el momento, esta pandemia sea cosa del pasado.

Con todo, lo hemos logrado. Hemos hecho posible una educación pública y presencial, abriendo las ventanas y las puertas de las casas de las criaturas a las que les faltaba el aire de tanto confinamiento, de tanto encierro.

**Mar Celadas**